



Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XVII

San Salvador, C. A., Septiembre de 1962.

Número
174

ORIENTACION.

¿Deben meterse los Estudiantes en Política?

"Los estudiantes metidos en política". "La Universidad se pronuncia sobre tal o cual actitud del Gobierno". "Huelga política de estudiantes". "Reclamación de tal o cual Asociación de Estudiantes al Poder Público". "Que se vaya el Presidente, piden los universitarios".

En nuestras Repúblicas de Latinoamérica estamos tan habituados a leer esto en los titulares de los periódicos un día si y otro también, que ya no nos llama la atención este fenómeno. Nos parece la cosa más natural, o por lo menos la más "corriente". Probablemente nos extrañaría más que no sucediera.

Y con todo, tal "suceder" no tiene nada de lógico, ni de normal sino todo lo contrario. Es una verdadera monstruosidad. Monstruosidad a la que todavía somos muchos los ciudadanos que gracias a Dios, no hemos llegado a acostumbrarnos. Como no hemos llegado a acostumbrarnos a aceptar como normal el divorcio, la esterilización, el aborto, la marihuana o el asesinato.

Esta actitud conformista de muchos equivaldría a la de aquellos que consideraran el desarrollo y crecimiento de ciertas epidemias como algo "normal". Todavía nos rebelamos en nuestro interior si oímos esta frase: "¿De qué se extraña Ud.? ¿De que tengamos una epidemia de tifus? Pues si esto es lo normal". Pero hay quien ya no se rebela y hasta teme ser tenido por lunático y ser él el "anormal" cuando su entendimiento sigue resistiéndose a considerar como algo perfectamente corriente y hasta apetecible una epidemia de disturbios estudiantiles incubados en la Universidad.

Pero aún estamos a tiempo, aún se puede venir en ayuda de nuestro cuerpo social, el cual está enfermo, es cierto, se halla amodorrado, anestesiado por la apatía, pero no está muerto ni insensible a toda reacción saludable. Y se le puede despertar e inyectarle de nuevo el suero salvador de la lógica y del sentido común.

Porque es evidente a todas luces que la Universidad no es un organismo destinado a "hacer" política, a cambiar los regimenes de gobierno, a fomentar el crecimiento de determinados partidos. Ni lo fue en su origen, ni lo ha sido nunca hasta tiempos bien recientes.

En su origen, origen eclesiástico por cierto, no fue otra cosa sino un "ayuntamiento o cofradía de maestros y escolares" que se reúnen los unos para enseñar y los otros para aprender disciplinas diversas. De aquí le viene el nombre de "Universitas studiorum", universalidad de estudios, o "Studium Generale", estudio general, donde se enseñaba las humanidades, la filosofía, la teología, la física, la medicina. Estas "Universitas Studiorum" fueron en su mayor parte fundaciones de la Iglesia y estuvieron regidas por ella, ayudada muchas veces por los Reyes, los cuales (como hoy hacen los Estados) sufragaban generosamente los gastos necesarios. Y, como es natural, tales centros docentes eran perfectamente autónomos en su régimen interno, respetado por un poder civil que no incluía entre sus atribuciones la de "imponer" a nadie sus particulares puntos de vista científicos, y defendido por sus propias autoridades. Así ocurría en Salamanca por ejemplo, donde el Rector de la Universidad elegido por los estudiantes y asesorado por los llamados Consiliarios, defendía su autonomía frente a los Consejos Reales como uno de sus más preciados tesoros.

Con el descubrimiento de América llegaron a nuestras playas estas sanas costumbres y fueron norma y patrón de las nuevas Universidades que aquí se establecieron por los españoles desde los primitivos tiempos de la conquista. Así sucedió con la Universidad de S. Marcos de Lima fundada en 1551 con la de Santo Domingo fundada en 1538 etc. Una o varias en cada ciudad. "Hispanoamérica — escribe Carmelo Sáez de Santa María¹ — conoció antes el problema de la multiplicidad universitaria que el de la unidad".

¡Bendita multiplicidad que fue el mejor estímulo para el avance y desarrollo de la enseñanza y que preservó a la universidad de su anquilosamiento y decadencia todo el tiempo que estuvo subsistente!

Pero con el triunfo de la Revolución Francesa vino el imperio del laicismo y el sometimiento de estas Universidades libres a la autoridad del Estado. Había de ser el Estado el que determinara las materias, los textos, las pruebas necesarias; el Estado quien acordara los títulos académicos y profesionales, quien señalara y removiera a los profesores. Este gran triunfo de la Libertad, que se lo debemos a los liberales, ha perseverado hasta tiempos bien recientes y todos los que han pasado por las aulas de una Universidad en cualquier nación latina de América o de Europa habrán podido experimentar esta humillante esclavitud al Estado de la enseñanza llamada oficial. Agradecemos a nuestros laicos, que aún colean por tierras de América, este gran beneficio.

¿Resultados? El anquilosamiento de la ciencia, la desaparición de la libertad de cátedra, la transformación de la Universidad en una fábrica de títulos, muchas veces sin contenido real alguno. Y para colmo y vergüenza de esta institución de tan glorioso pasado, se concluye por arrojar a la ciencia de las aulas para implantar en ellas cátedras de partidismo político, haciendo de muchos profesores líderes políticos, de sus conferencias arengas incendiarias en favor o en contra de tal o cual partido, y del estudiante, no un hombre hecho y derecho, sino un muñeco y petimetre infatuado con sus títulos (no con sus conocimientos) y dispuesto, no a salvar a su Patria elevándola y engrandeciéndola con su espíritu de servicio, sino a hundirla en el caos de las revueltas y banderías, haciendo de la que con escarnio llama su "Alma Mater" cómplice de tales abusos y enormidades.

Estos resultados los hemos podido constatar también todos los que hemos asistido a una Universidad y hemos convivido sus vicisitudes desde dentro o desde fuera. Este ha sido el bochornoso periodo de la era liberal, de tan pésimos resultados que llevó hasta a los mismos políticos liberales a intentar poner algún remedio al mal. Comienza entonces, a principios de este Siglo, la época caracterizada por las llamadas "reformas" universitarias, la cual se inició en el Hemisferio Americano principalmente en la Argentina, en la Universidad de Córdoba, y de allí se extendió por todo el continente. Esta reforma se puso en volver a dar intervención en la administración universitaria a la masa estudiantil, con lo cual se creyó erróneamente solucionado un problema que no tenía su origen sino en pequeña parte (si es que en alguna) en esta ausencia del estudiante de las resoluciones del Claustro. El problema era mucho más hondo y procedía de un origen totalmente diferente. El problema estaba en la falta

(1) Sáez de Santa María, Carmelo, "Hacia la libertad universitaria en Hispanoamérica". Razón y Fe, Junio 1956, pág. 751.

de toda autonomía universitaria, entendida ésta en su más amplio sentido de libertad para enseñar y para aprender. Y esta libertad había de tardar mucho tiempo en llegar a tierras americanas y acaso llegaría ya demasiado tarde. Porque si es cierto que en las grandes Universidades del Siglo de Oro español, como Salamanca y Alcalá, los estudiantes tenían intervención en su administración, esta intervención no sólo favorecía el buen orden de la Universidad sino que (al contrario de lo que sucede hoy) era una garantía del mismo. Sería labor que nos llevaría demasiado lejos el probar que su fama no se la deben a la intervención estudiantil. Baste la siguiente cita del Rey Sabio D. Alfonso tomada del libro de Sainz de Robles¹: "los maestros y escolares pueden fazer un Estudio General..." "pero han de establecer por sí mismos un mayoral sobre todos, que se llama en latín director del Estudio, al cual obedezcan... los estudios para esto fueron establecidos e non para andar de noche ni de día armados, trabajándose de pelear, e de fazer otra locura o maldad..."

Gabriel del Mazo, iniciador de la reforma universitaria en Argentina, atribuye la decadencia académica a la excesiva intervención estatal y a la nula participación del estudiante en las decisiones académicas. Este autor recibe con satisfacción la coestión de estudiantes y profesores y la autonomía universitaria, concesión esta última hecha por el Estado que sigue, empero, sosteniéndola con sus propios recursos y conservando de este modo la posibilidad al menos de intervenir en ella. Mazo pone en la autonomía el remedio. Y aunque hay que reconocer que algo se adelantó con esta medida, la solución de delegar el Estado en una universidad o varias su "monopolio" de la enseñanza con el título de "enseñanza oficial", se basa en una facultad de enseñar que él se ha arrogado sin fundamento y que no posee al menos con ese carácter de monopolio, solución falsa y que, como tal, no puede salvar el problema de fondo.

¿Qué resultados dio la autonomía?

La Universidad en este paso híbrido continuó siendo un organismo estatal más y los estudiantes, enquistados en él, se consideraron introducidos en la máquina gubernativa del país y con derecho a influir en el gobierno de la nación y a pedir cuentas a la autoridad sobre el mismo uso de poderes.

Este periodo se caracteriza, lo mismo en América que en Europa, por continuas algaradas y huelgas de carácter revolucionario, encabezadas y dirigidas por estudiantes; se distingue por la transformación del catedrático en un líder político, de la cátedra en asamblea deliberante y de las conferencias científicas en mítines y discursos de latiguillo, siempre en favor de los mayores radicalismos, sean los que sean.

No sólo eso: el recinto universitario se considera sagrado en virtud del llamado "fuero" académico y con una interpretación torpe y abusiva del mismo, se impide que la policía entre en la Universidad, ni siquiera para detener a perturbadores de la paz pública que nada tienen que ver con ella. Todo lo cual manifiesta una obcecación gravísima en quienes por su profesión están obligados a ponderar y justipreciar las prerrogativas y los derechos de todo orden, obcecación compartida cobardemente por los gobernantes de tales oligarquías liberales que consagraban con su inacción suicida tales interpretaciones abusivas del famoso "fuero" universitario.

No es, pues, extraño que el comunismo anide y prolifere espléndidamente en tales centros de enseñanza. Pero el mérito no es suyo, pues antes, mucho antes de que comenzaran a llegar de Rusia jóvenes latinoamericanos preparados convenientemente en estas tácticas, mucho antes de la aparición del "estudiante comunista perpetuo" que hace de la agitación universitaria una verdadera profesión, ya el periodo previo de radicalismos izquierdistas les habían preparado convenientemente el terreno y a ellos sólo quedaba la tarea fácil y provechosa de meter la hoz en mies ajena para recoger lo que sus predecesores liberales habían sembrado con tanto empeño. Asistimos en la actualidad al tercer acto de este drama por el que está pasando la universidad en nuestros países latinos: primer acto, universidad estatal; segundo acto, universidad autónoma; tercer acto, universidad comunista.

(1) SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, "Esquema de una Historia de las Universidades Españolas", Madrid, 1944.

Y nótese que decimos en nuestros países latinos, porque el proceso y la trayectoria han sido muy otros en los países sajones. En las universidades anglosajonas no ha entrado la política, ni ha hecho falta el fuero universitario, ni los estudiantes se dedican a otra cosa que a estudiar, conforme a su nombre y profesión. ¿Diremos por eso que este tipo de entidad docente ha resultado menos eficaz que el nuestro en orden a la formación del hombre de ciencia, del profesional, del hombre público? Se ha dicho que en la universidad norteamericana ha prevalecido la técnica, la ciencia aplicada sobre otras disciplinas del espíritu. Dejemos pasar esta afirmación que no es cierta absolutamente, y veamos si los resultados son mejores o peores que los nuestros. Veamos, además, si no han dado las universidades inglesas de Oxford y Cambridge grandes figuras políticas que han sabido dirigir el Imperio Inglés con habilidad extraordinaria.

Veamos si los teóricos del comunismo que explican en universidades sajonas (no hay por qué negarlo) han podido convertir sus cátedras en focos de propaganda como nuestros catedráticos criollos. Veamos si en ellas se ha interrumpido meses enteros la labor docente, como las interrumpen nuestros estudiantes latinos, siempre que les viene en gana, con huelgas políticas de carácter indefinido. Veamos si el orden se perturba en las aulas, si se escriben panfletos insultantes, si se excluye de la vida universitaria a los enemigos políticos por el sólo hecho de serlo, como se hace entre nosotros.

¿Cuál es la razón de esta diferencia?

Sin olvidar otros motivos (raza, tradición, etc.) que pesan lo suyo, a nuestro juicio el motivo, la razón más grave está en que la Universidad sajona es una institución privada, regida por personas privadas y no por el Estado. En su creación, en su organización, en su dirección no interviene el Estado sino en cuanto da las leyes por las que se ha de autorizar la apertura, la creación de estos centros de enseñanza. Todo lo demás es asunto de los particulares, los cuales quedan en libertad para elegir planes, profesores, materias, métodos. Y, naturalmente, en estos asuntos los estudiantes nada tienen que decir, nada tienen que hacer, fuera del estudiar que es lo que van buscando al acudir a una de estas entidades. Podrán pertenecer extra muros del "campus" a un partido político o a otro, podrán asistir a las prácticas de una confesión religiosa o de otra. Dentro de la Universidad sólo podrán estudiar y hacer deporte, el cual para los sajones se considera como parte de su misma formación universitaria.

¿Qué consecuencias hemos de sacar de todo lo dicho? ¿Habremos de disuadir a nuestros hijos de toda actividad política en sus años universitarios? ¿De ninguna manera!

Ya hace cerca de dos lustros, en Agosto de 1953, que se publicaba en nuestra revista ECA una orientación sobre este tema. Ya entonces se expresaba la queja de que los universitarios (y concretamente en El Salvador) perdían mucho tiempo en política. Pero ya entonces se prevenía a los lectores contra un peligro posible: el alejar a nuestros jóvenes del campo político. Porque hoy el peligro está ahí: en el abandono de este campo al comunismo.

Y si en 1953 había peligro en alejar a nuestros jóvenes del campo político que quedaría así totalmente libre a disposición del Comunismo, hoy el peligro es todavía mayor, ya que éste ha elegido visiblemente a la universidad para dar su batalla definitiva. Y si el terreno elegido es la universidad, a los universitarios toca el prepararse a la batalla.

En aquella ocasión razonaba de este modo la revista ECA: "Es claro que en semejantes circunstancias mundiales, el universitario tenga que adoptar una actitud diferente a la observada hasta el presente".

"¿Cuál ha de ser su postura?" El sentido común nos indica la respuesta: El universitario es, por definición, el futuro ciudadano y profesional en formación. Si lo es, no bastará que atesore ciencia jurídica o médica en orden a los exámenes; deberá prepararse también para sus funciones civiles, en las que tendrá que participar en la solución de los problemas nacionales. Deberá, pues, abordar como parte integrante de su formación el estudio teórico —en círculos de estudio por lo menos— de las grandes soluciones sociales, pero también el estudio práctico de las enfermedades de la Patria, buscando en la realidad nacional la aplicación de los principios estudiados".

Y se añadía insistiendo en la necesidad de formarse un ciudadano útil a la Patria: "Deberá considerar como de todo punto indispensable, la creación de una mística militante en su corazón, que pueda sostenerlo alentado en la brega durante toda su vida; mística que no fraguará sino al calor de los años juveniles".

"Por eso el P. Jose Maria de Llanos, S. J., conocedor profundo del corazón del universitario justiga, y con razón, el tipo del universitario "estudioso" pero inactivo como un ser incompleto: llevan apuntes, libros y miles de papeletas —dice— pero nada más. En el campo de la unión la Universidad no les ha dicho nada, no les ha encendido nada. Virgenes de todo incendio, esta generación honrada y trabajadora (con la excepción extrauniversitaria de esos ricos punados de cinturías) ha pasado a través de sus años universitarios, los propensos a todo fervor a toda pasión". Y concluye con profunda ironía el P. Llanos: "Alguien, sin duda, les preferirá así, sensatos y prudentes; alguien les alabará como típica generación de paz; alguien asegurará que el entusiasmo lo tienen inédito. Dijo, sin embargo; me duele la ausencia de esa experiencia en ellos, distingo la paz de la chicha y en cuanto a los valores inéditos..."¹.

Por su parte la Iglesia no solo no desaprovecha en sus hijos fieles esta preparación para la lucha política desde la juventud, sino que expresamente la aprueba y recomienda, como ocurrió con esa excelente organización estudiantil llamada Pax Romana la cual, alentada por Pio XII no solo formó a sus miembros para el combate sino que organizó excelentes campañas anticomunistas como la sostenida a fines de 1951 y principios de 1952 contra la Unión Internacional de Estudiantes, defendiendo el concepto y las condiciones de paz según la doctrina de la Iglesia, y como ha ocurrido con otros organismos católicos internacionales que no han creído desorbitarse al hacer labor de alta política.

Y en nuestros países hay que llevar la lucha del mismo modo allí donde la planteen nuestros enemigos, haciendo que los universitarios católicos se fundamente bien en el estudio serio y objetivo de los problemas, a la luz de los principios católicos y se hagan capaces de refutar así los errores que los comunistas van divulgando dentro y fuera de la Universidad, haciéndoles frente sin rehuir la disputa en el terreno ideológico o en cualquier otro.

Aunque con ello, entendámoslo bien, no pretendemos rectificar en lo más mínimo lo que dijimos al principio de esta "Orientación": la Universidad no es un organismo político. Ni su fin está en la conquista del poder público para los partidarios de una ideología determinada, sea la que sea. ¡Esto debe quedar bien en claro, siempre! Su fin, el fin de la Universidad, ha sido y debe continuar siendo la formación integral de los hombres, de los ciudadanos del mañana, en el aspecto profesional, científico, moral. Pero mientras no vuelvan las aguas a sus cauces, mientras los comunistas hoy (mañana acaso otros) intenten apoderarse por la fuerza de la Universidad para sus fines de dominación política, entonces frente a ellos deben alinearse todos los amantes de la verdadera libertad, y entre ellos y principalmente, los jóvenes católicos, sin que esta actitud se pueda considerar en modo alguno como desorbitada ni abusiva.

Queda otro segundo frente por el que hay que luchar: la vuelta a la existencia de universidades libres en todos nuestros países, a aquellas que se cubrieron de gloria en tiempos pretéritos y de las que salieron tantas figuras señeras en todo Iberoamérica, como siguen hoy saliendo de las universidades libres en los países anglo-sajones. Los católicos, sean estudiantes, sean profesionales, sean hombres de acción, no han de descansar ni contentarse con dar la batalla al comunismo en la universidad llamada "oficial", que es donde hoy está planteada. Han de llegar más allá, a la raíz última del problema y esta raíz y causa de todos estos males actuales está en la negación del derecho a la enseñanza, en la negación de la libertad de docencia para todo el que pruebe su capacidad e idoneidad y en primer lugar para la misma Iglesia nuestra Madre. Que estos gloriosos principios que se van manifestando en diversas Repúblicas latinoamericanas y que han dado origen a varias universidades libres en Colombia, México, Venezuela y entre nosotros en Nicaragua y en Guatemala, se extiendan a todo el Continente y que los amantes de la cultura podamos contemplar funcionando frente a las universidades "oficiales" en franca y justa lid, pero en absoluto pie de igualdad con ellas, una, varias universidades libres en cada nación. Entonces, estamos ciertos de ello, habrá vuelto esta institución gloriosa, la universidad, a ser lo que siempre debió ser: forjadora de hombres útiles a su Dios y a su Patria.

(1) LLANOS, José María de, "Acusando y defendiendo". Madrid Studium, 1950 pág. 106.